yado en un riguroso estudio bibliográfico nos introduce amenamente en los diversos aspectos y factores que influyen y configuran las elecciones municipales romanas a magistrados.

"Consideraciones sobre el cultivo del olivo en la Bética Hispano-Romana. Aspectos económicos y sociales" (pp. 277-297) de Pedro Sáez Fernández (Universidad de Sevilla), es un trabajo que partiendo de las informaciones relacionadas con la olicultura recogidas en los agrónomos latinos, analiza todos los aspectos que ligan este cultivo a las actividades agrarias dentro de la estructura económica y social romana.

Completa la obra el artículo de Manuel Sotomayor Muro (Facultad de Teología de Granada) y que bajo el epígrafe "Consideraciones sobre las fuentes para el estudio del cristianismo primitivo en Andalucía" (pp. 229-311) nos muestra la escasez de informaciones referidas a las comunidades cristianas formadas en Andalucía con anterioridad al año 300, por lo que analiza los testimonios que se refieren a la Península en general y que se pueden aplicar al sur y al sureste peninsular. Recoge los datos aportados por Ireneo, Tertuliano, las Actas de los Mártires..., el estudio se centra en el análisis de las Actas del Concilio de Granada o de Elvira, y al mismo tiempo realiza la interpretación que diversos autores hicieron de las mismas, finalmente alude a las fuentes que existen para el conocimiento del cristianismo del siglo IV en Andalucía.

La publicación de esta interesante obra forma parte del programa de investigación "Arqueología e Historia en la Hispania Meridional en época romana y visigoda", que integra a profesores e investigadores de Historia Antigua y de Arqueología Clásica de la Universidad de Granada; logrando elaborar un libro de gran erudición, que tomando como hilo conductor un área geográfica concreta, la Bética, nos muestran profundos estudios históricos y arqueológicos, imprescindibles para conocer todos los elementos que configuraron los procesos evolutivos del mediodía peninsular.

Mercedes García Martínez

A. LOZANO VELILLA: *El mundo helenístico*, Ed. Síntesis, Madrid, 1992, 213 pp.

Dentro de la colección "Historia Universal" se nos presenta, con el número 9 de la misma, este estudio sobre el mundo helenístico, en el que con-

trasta el hecho de analizarse las diferentes etapas de esta fase de la historia de Grecia (Alejandro, los Diádocos, las dinastías helenísticas, las ciudades griegas, la cultura, la civilización...) durante esos tres siglos (del 338 al 30 a.n.e.), de acuerdo con el cuadro cronológico de las pp. 13-17, con la ausencia casi absoluta de la ingerencia romana en el Mediterráneo occidental durante esas décadas (en realidad la perspectiva es la helenística, no la romana).

El trabajo se inicia con un pequeño preámbulo sobre los precedentes del helenismo como paso para explicar la figura de Filipo II de Macedonia y sobre todo de Alejandro Magno (pp. 19-46). Tal vez hubiese sido conveniente, a pesar de que en parte se rastrean en los capítulos siguientes algunos de estos aspectos, dedicar un espacio al análisis general de la crisis del siglo IV en Grecia, así como a las diferentes teorías políticas en el ámbito de las ciudades griegas, cuya plasmación trataría de concretarse en los siglos siguientes.

Las reformas llevadas a cabo por Filipo en la organización de la monarquía macedónica y su intervención en la política griega (con las diferentes posturas adoptadas por los atenienses) posibilitarían la acción de Alejandro en las décadas siguientes: aun cuando en un principio el nuevo monarca se inmiscuye en los asuntos políticos griegos, siguiendo la práctica ya perfilada por su padre, el hecho fundamental de su reinado lo va a constituir la campaña de Asia en sus diversas fases (Asia Menor: batalla de Iso, Egipto, Asia Central, India...), destacando cierta oposición de los soldados macedonios a la prolongación de los combates.

Al margen de los avances que, desde el punto de vista militar, supondrían las campañas en tan poco espacio de tiempo, sin duda el gran logro de Alejandro se cifra en la organización administrativa de tan extenso Imperio, donde a los aspectos económicos (política monetaria y tributaria, ampliación de las relaciones comerciales...) se superpone la administración territorial, teniendo en cuenta tanto a las ciudades griegas como a los nuevos centros urbanos fundados por él.

Tras la muerte del rey macedonio la situación política ha de hacer frente al problema de la sucesión, iniciándose un periodo (años 323 a 257 a.n.e.) que van a ocupar los Diádocos (pp. 47-54): se da paso al desmembramiento del recién configurado Imperio y a conflictos continuados entre los nuevos dueños del Oriente mediterráneo, poniéndose las bases para el surgimiento de los Estados helenísticos como un periodo de estabilización.

En este contexto se enmarca la evolución histórica de las ciudades griegas como resultado de las nuevas circunstancias políticas, originándose

nuevas formas estatales (pp. 55-67): de este modo la situación económica y social de las *poleis* en época helenística se relaciona con el tipo de contacto establecido con las distintas monarquías, destacando sobre todo las ligas o confederaciones de estados (etolia, aquea, epirota), resultado del nuevo orden político-administrativo, y la labor de los reyes reformadores en Esparta (Agis y Cleomenes).

La situación política del periodo siguiente (años 276 a 146 a.n.e.) cambiarían sustancialmente, comenzando por las relaciones entre Macedonia y Grecia, iniciada por Antígono Gónatas, y la estabilización del reino macedónico. El ascenso político de Arato de Sición implicará el nacimiento con fuerza de la liga aquea, al tiempo que el Epiro se consolida en la frontera septentrional de Macedonia. A continuación el reinado de Antígono Dosón coincide con el ascenso de Esparta en el Peloponeso, y después la actividad de Filipo V y la intervención de Roma, que traería consigo tanto la abolición de la monarquía en Macedonia como el final de la independencia política griega (pp. 69-85).

En el Cercano Oriente los Estados helenísticos revisten unas características distintas: los Seléucidas inician su andadura con Antíoco I, a la muerte de su padre Seleuco, reorganizando tanto las satrapías orientales como las provincias occidentales de su Imperio, y dando paso a los primeros conflictos con Egipto, que continuaría Antíoco II, momento en el que tienen lugar intentonas secesionistas en las regiones iranias. El reinado de Antíoco III da comienzo con dificultades internas, que desembocarán en el enfrentamiento con Roma y el tratado de paz de Apamea; sus sucesores (Seleuco IV Filópator y Antíoco IV Epífanes) han de hacer frente a la cuestión y revuelta judía, produciéndose a continuación la decadencia de la dinastía seléucida (pp. 87-109).

Hay que destacar, sin embargo, los aspectos económicos y sociales de dicho Imperio, comenzando por los problemas derivados de la propiedad de la tierra, en cuyo caso hemos de distinguir entre la tierra real (*chora basiliké*), la tierra sagrada (*hierá chora*), la tierra urbana (*chora politiké*), los principados clientes y la tierra correspondiente a grupos de población de características especiales. Todo ello implicaría unas condiciones sociales nuevas, especialmente para el campesinado encargado del cultivo de los diferentes tipos de tierra sin que podamos hablar de una homogeneidad social, dada la enorme diversidad cultural de dicho Imperio; en este contexto las finanzas bascularían entre los impuestos y el desarrollo de las actividades comerciales como bases de apoyo (pp. 109-126).

Un caso típico lo constituye el reino de Pérgamo: tras analizar los orígenes de dicha ciudad y de su monarquía, es la figura de Atalo I y su lucha contra los gálatas lo que afianza el nuevo reino, a pesar de sus relaciones con Roma y el apoyo de ésta (paz de Apamea y consecuencias); sin embargo, Atalo II no logrará mantener ese nivel político, dándose paso al final de la monarquía con el legado a Roma por parte de Atalo III, a pesar del levantamiento y la utopía de Aristónico con sus heliopolitas (ciudadanos del sol). La economía se vería favorecida por la inclusión de ciertas ciudades griegas en el ámbito territorial de Pérgamo y la política estratégica de los monarcas, manteniendo una democracia aparente al conservar las magistraturas tradicionales (pp. 127-136).

Algunas monarquías menores van a adquirir una importancia relativa durante un corto espacio de tiempo, destacando las correspondientes a Asia Menor, de características orientales (Ponto, Armenia...), o los reinos de Partia y Bactriana en el Lejano Oriente y sus contactos con la dinastía Maurya (pp. 137-142).

La dinastía lágida en Egipto completa el estudio de estas monarquías helenísticas: los primeros lágidas llevarían a cabo una politica expansionista, que implicaba consideraciones estratégicas y económicas, sobresaliendo la actividad exterior de Ptolomeo II Filadelfo y Ptolomeo III Evergetes; la decadencia se inicia con Ptolomeo IV, quien, además de hacer frente a la guerra de Siria ha de hacer lo propio con las sublevaciones de las poblaciones indígenas. Con Ptolomeo V Epífanes y la secesión del Alto Egipto se producirá la disgregación del Egipto ptolemaico, al tiempo que se agudizan las disensiones internas en el seno de la familia real lágida, que desembocaría en la intervención romana (pp. 143-155).

La fiscalidad ptolemaica se relaciona con el carácter de la propiedad territorial, distinguiéndose entre la tierra real (*gé basiliké*), tierra real en usufructo (*doreai*), tierra sagrada (*hierá chora*) y tierra de propiedad privada; el marco económico se completa con el comercio y la industria, contribuyendo la moneda y Alejandría como centro urbano a un importante desarrollo económico y social. La población egipcia autóctona desempeñaría un papel significativo como lo demuestra la legislación ptolemaica, de carácter desigual, una para los griegos y otra para los indígenas (pp. 156-166).

El capítulo final se halla dedicado a la cultura helenística, comenzando por la filosofía (la Academia y el platonismo, el Perípato, Epicuro y el epicureísmo, la Estoa) y siguiendo por la evolución del pensamiento religioso griego (antiguas divinidades y su implantación en el mundo helenís-

tico, religiones mistéricas, nuevas formas religiosas —el culto al soberano, divinidades egipcias y frigias, el orfismo—...); en cuanto a la literatura hay que tener en cuenta el tratamiento asignado a los géneros literarios clásicos y las nuevas formas literarias (periplos...), mientras que las artes, ciencias y técnicas completarían un panorama en el que las influencias orientales se hacían notar.

El libro se cierra con una selección de textos, demasiado escasa para la comprensión de un periodo de tiempo tan amplio y significativo de la historia de esos siglos del Mediterráneo occidental; igualmente se acompaña una bibliografía selectiva, que adolece tal vez de una puesta al día más ajustada.

A pesar de todo (y añorando una pequeña aportación cartográfica: apenas una docena de mapas explicativos) la autora cumple el objetivo que se ha propuesto: ofrecer una síntesis histórica de dicho periodo.

Narciso Santos Yanguas

F. KOLB: *La ciudad en la Antigüedad*, Ed. Gredos, Madrid, 1992, 298 pp. y 39 fgs.

Se trata de la traducción al castellano del libro aparecido en alemán en el año 1984, en el que su autor analiza lo que supondría durante la Edad Antigua la ciudad, tanto en el contexto territorial del Próximo Oriente como en el relativo a los países del mundo grecorromano, teniendo presente en todos los casos la vinculación existente entre dicho concepto y su aplicación concreta a los diferentes asentamientos urbanos.

En la Introducción (pp. 11-18) se pone en relación el concepto de ciudad antigua con la problemática urbanística y las soluciones aportadas en cada caso; es en este sentido en el que se entiende la conexión entre arquitectura y formas de vida urbana desde el momento en que la ciudad se convierte en el centro de relaciones de todo tipo. La bibliografía existente sobre el tema resulta muy abundante, a pesar de que no se halla orientada en su conjunto hacia la comprensión de la realidad urbanística e histórica que se encierra detrás de los núcleos de hábitat que se desarrollarían durante más de dos milenios.

Tomando como base la ciudad oriental, griega y romana, así como el carácter topográfico y administrativo de cada uno de los establecimientos, a lo que hemos de añadir el número de habitantes que lo define, sin olvidar la